

Ioan Grillo

EL NARCO

En el corazón de la insurgencia
criminal mexicana

tendencias



Ioan Grillo vive en Ciudad de México desde 2001, trabajando como corresponsal para varios medios internacionales, incluidos *Time Magazine*, *CNN*, *Associated Press* y *Sunday Telegraph*.

El Narco es su primer libro, en el que combina escalofriantes testimonios de primera mano con un exhaustivo análisis de los antecedentes históricos del narcotráfico actual en México. «En el tema del narco, afirma el autor, nada es lo que parece. Tal vez la guerra de la droga se lleve a cabo más allá del Río Grande, pero Estados Unidos está hundido hasta las rodillas en el problema.»



Código BIC: JF | Código BISAC: LCO010000

síguenos en www.mundotendencias.com



Capture este código y acceda a otros contenidos...

Diseño de cubierta: www.byalking.com

«Recién estrenado el siglo XXI, México
se encuentra inmerso en un baño
de sangre que consterna al mundo.»

Ioan Grillo

Son los responsables de más de cuarenta mil muertes en México desde 2006. Amontonan los cadáveres en fosas comunes comparables a las de una guerra civil. No tienen ideología política pero se han convertido en la fuerza más grande del país. No solo comercian con la droga sino que cobran impuestos y roban petróleo a gran escala. La prensa los llama *el narco*, pero, ¿de quién habla en realidad?

El narco no es una banda, sino una vasta red criminal cuya sombra asesina se proyecta sobre todo el país. Una industria que mueve en México treinta mil millones de dólares anuales. Una fuerza con armas y estructuras propias de un ejército, que posee campamentos paramilitares desde Guatemala hasta la frontera de Texas.

El periodista británico Ioan Grillo, que durante una década ha informado del conflicto desde primera línea del frente, nos conduce al corazón mismo del narcotráfico para ofrecernos un retrato tan brutal como insoslayable de la insurgencia que amenaza el país. Desde los asesinos a sueldo de Ciudad Juárez hasta las cárceles de máxima seguridad, desde las plantaciones de Guatemala hasta los cárteles de barrio, *El Narco* nos acerca las voces mismas de los protagonistas de un conflicto que nace en México, pero cuyos tentáculos alcanzan al resto del mundo.



ISBN: 978-84-936961-6-0



9 788493 696160

PVP 21€



ebook

Índice

Mapa: El Triángulo Dorado	9
1. Fantasmas	11

PRIMERA PARTE

Historia

2. Amapolas	35
3. Hippies	67
4. Cártels	95
5. Magnates	123
6. Demócratas	147
7. Señores de la guerra	179

SEGUNDA PARTE

Anatomía

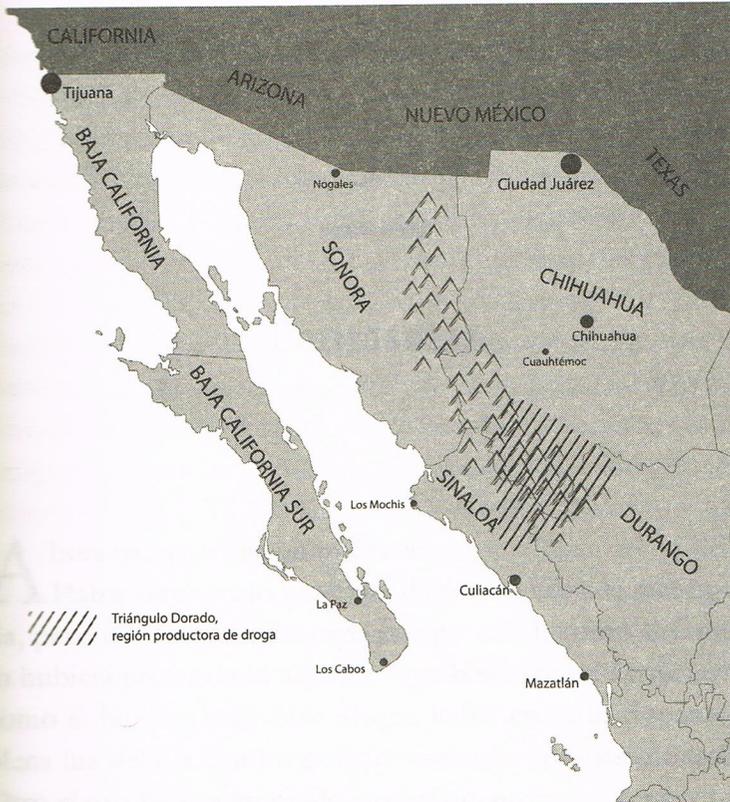
8. Tráfico	215
9. Asesinato	245
10. Cultura	271
11. Fe	295
12. Insurgencia	319

TERCERA PARTE

Futuro

13. Detenciones	353
14. Expansión	377
15. Diversificación	403
16. Paz	425
Agradecimientos	453
Bibliografía	455
Notas	459

EL TRIÁNGULO DORADO



Área ampliada más arriba



(Tim McGovern)

2

Amapolas

Entonces Helena, hija de Júpiter, ordenó otra cosa. Echó en el vino que estaban bebiendo una droga contra el llanto y la cólera, que hacía olvidar todos los males. Quien la tomare, después de mezclarla en la cratera, no logrará que en todo el día le caiga una sola lágrima en las mejillas, aunque con sus propios ojos vea morir a su padre y a su madre o degollar con el bronce a su hermano o a su mismo hijo.

Homero, *Odisea*, canto IV

Bajo el sol abrasador de la Sierra Madre Occidental, la roja amapola adquiere un ligero tinte anaranjado, que hace destacar las abarquilladas hojas sobre el marrón de la tierra y el verde polvoriento de los nudosos cactus. Estoy mirando las amapolas adormideras después de conducir durante horas por carreteras sin asfaltar en una camioneta destartalada. El camino tenía tantos baches y era tan empinado que no dejaba de dar saltos, como si estuviese en una montaña rusa. Había sido un milagro que una rueda no sufriera un pinchazo o que no saltara una piedra y nos perforase el depósito.

Por suerte, mi chófer, un cantante local que utiliza el nombre escénico del Comandante, se sabía todos los trucos para eludir las piedras más cortantes.

Pocos forasteros llegan aquí. Dice la gente que es un lugar donde cortan cabezas y las empalan, como había sucedido unos días antes en un pueblo cercano. Pero en aquel momento no veo cráneos seccionados. Sólo veo amapolas, y me maravillo de su hermosura.

Lo que miro no es una plantación de opio, sino unas cuantas plantas que cultiva una mujer delante de la tienda que tiene en el pueblo y que está el otro lado de una polvorienta encrucijada, enfrente de un cuartelillo militar. Matilde es una atractiva señora de unos cincuenta y tantos años, con unos ojos muy bonitos y brillantes y una piel seca y bronceada de tanto sol. En estas montañas se habla arrastrando tanto las palabras que apenas entiendo lo que dice la gente. Pero Matilde pronuncia con mucho cuidado y me mira a los ojos para estar segura de que la entiendo.

—Son bonitas las amapolas, ¿verdad? —dice al darse cuenta de que admiro sus flores.

—¿Dónde consigue las semillas? —pregunto.

—Me las da mi hermano —dice, y añade que aquél es un pueblo de «valientes», pues así llaman los montañeses a los traficantes, que han sacado al pueblo de la pobreza. Al mismo tiempo se burla de los soldados del cuartelillo, a los que llama «guachos», una antigua palabra india con que se designa a los criados.

Matilde está particularmente enfadada con los guachos por un reciente tiroteo que ha tenido lugar en el cruce de carreteras.¹ Cuatro jóvenes locales se dirigían en un reluciente todoterreno Hummer blanco a celebrar el aniversario de una muchacha que cumplía 15 años. (Es un pueblo de viviendas precarias, pero a sus habitantes les gustan los coches de fantasía.) Los sol-

dados gritaron a los del Hummer que se detuvieran. Estaba anocheciendo, los juerguistas tenían la música a todo volumen y siguieron adelante. Los soldados dispararon con los fusiles de asalto, y como pensaron que les respondían al fuego, siguieron disparando. Tras otro par de descargas, el Hummer se detuvo; en la refriega murieron los cuatro jóvenes y dos soldados.

El ejército informó al principio de que los valientes soldados habían matado a cuatro sicarios del cártel. Pero luego circuló una versión distinta. Los hombres del Hummer no iban armados. No habían devuelto el fuego; los soldados habían disparado desde lados opuestos y se habían matado entre sí. Era un disparate clásico que recordaba el comportamiento de los aturdidos reclutas estadounidenses que combatieron en Europa en la Primera Guerra Mundial. Un disparate que siguen cometiendo los soldados a los que Estados Unidos, mediante un plan de ayuda de 1.600 millones de dólares, apoya para que la guerra contra la droga se libere en su lugar de origen.

—Los guachos son idiotas —dice Matilde—. Deberían irse a su casa, a su pueblo de idiotas.

Aquí es donde empezó todo. Los traficantes mexicanos venían cultivando opio en estas montañas desde hacía más de un siglo. Generación tras generación, estos pueblos y aldeas destartalados han producido un capo tras otro. Hombres que apenas sabían leer y escribir y que se expresaban con el acento cerrado de los montañeses salían al mundo para fundar y ampliar unas redes internacionales que acabaron moviendo miles de millones de dólares.

Más arriba, a unas horas de camino de la tienda de Matilde, se encuentra la casa familiar de Joaquín Guzmán, llamado el Chapo,² el señor de la droga de 1,68 metros de estatura al que *Forbes* valoraba en mil millones de dólares. Agentes del Gobier-

no dicen que sigue escondido en algún lugar de estas escabrosas montañas, protegido por aldeanos que lo aman y lo temen. Cerca de allí se alza la casa de su amigo de la infancia Arturo Beltrán Leyva, alias el Barbas. Centenares de infantes de marina mexicanos se han lanzado recientemente a la caza del Barbas. Tomaron por asalto un bloque de viviendas donde estaba escondido y estuvieron disparando durante dos horas mientras los hombres de aquél replicaban con fuego de fusiles automáticos y lanzando granadas de fragmentación. Cinco guardaespaldas del Barbas murieron antes de entregarlo. Los militares cosieron a balazos al señor de la droga hasta hacerlo picadillo y luego decoraron el cadáver con billetes de un dólar.

Para vengarse, los incondicionales de Beltrán Leyva localizaron a la familia de un soldado que había muerto en la refriega. Le siguieron la pista y mataron a la madre, al hermano, a la hermana y a su tía. Antes mataban sólo a gánsteres rivales; ahora masacran a familias enteras. ¿Qué tendrán estas montañas? ¿Qué tendrán para engendrar hombres tan creativos, tan emprendedores y con una sangre tan fría?

La Sierra Madre Occidental es una cordillera de 1.500 kilómetros de longitud que nace al sur de Arizona y recorre toda la costa occidental de México hasta Jalisco. Es un territorio suficientemente agreste y grande para esconder todo un ejército, como demostró Pancho Villa cuando huyó de las fuerzas estadounidenses después de atacar Columbus, Nuevo México, en el curso de la Revolución Mexicana. Desde el aire parece una alfombra arrugada cubierta de pelo verde amarillento, salpicada de lagos y de barrancos profundos. La cordillera cruza los estados de Sonora, Sinaloa, Durango y Chihuahua. Los tres últimos se conocen con el nombre de Triángulo Dorado, por toda la droga que producen.

Los soldados patrullan diariamente el Triángulo con helicópteros, en busca del resplandor verde de las plantaciones de

marihuana o el rojo y rosa de las adormideras. Cuando encuentran plantaciones, las queman; son tan expertos ya que en menos de una hora pueden arrancar e incinerar casi media hectárea de marihuana. Los agricultores plantan más marihuana y adormidera y crean más parcelas verdes y rojirroasadas localizables desde el aire. Y el ritual empieza de nuevo.

La encrucijada donde me quedé embobado mirando las adormideras está en el rincón suroccidental del Triángulo, en el estado de Sinaloa. Hay gánsteres por todas estas montañas, pero casi todos los jefazos proceden de aquí. Así como Sicilia es la patria de la mafia italiana, Sinaloa es la cuna de las bandas mexicanas, el punto de origen de la más antigua y poderosa red de narcotraficantes, el llamado cártel de Sinaloa.

Las autoridades estadounidenses utilizan el nombre de cártel de Sinaloa en las acusaciones desde hace sólo dos años. Antes lo llamaban la Federación, y antes empleaban un abanico de nombres, por ejemplo cártel de Guadalajara, por la segunda ciudad de México, que los jefes de Sinaloa utilizaban como base de operaciones. Pero estos nombres no son más que aproximaciones para describir un conflictivo imperio de traficantes que se extiende desde Sinaloa hasta la frontera con Estados Unidos. Algunos capos tienen lazos de sangre o matrimoniales con los primeros campesinos que cultivaron adormidera en las alturas, hace un siglo. Es una dinastía ininterrumpida.

Al igual que Sicilia, Sinaloa tiene rasgos geográficos que favorecen el crimen organizado. El estado es algo menor que Virginia Occidental, pero cualquiera que desee desaparecer puede ganar fácilmente la Sierra Madre y pasar a Sonora, Chihuahua o Durango. Al pie de la cordillera, Sinaloa dispone de 650 kilómetros de costa oceánica que han servido durante siglos de plataforma para el contrabando entrante y saliente. Por aquellas playas han pasado plata, mosquetes, opio y píldoras de seudoefedrina, que sirven para fabricar cristales de metanfetamina.

Entre el océano y la cordillera hay valles fértiles con grandes plantaciones —sobre todo de tomates y cebollas— y tierra rica en oro, plata y cobre. Esta riqueza natural alimentó el crecimiento de la capital del estado, Culiacán, una animada ciudad que se alza donde confluyen los ríos Tamazula y Humaya, y el del activo puerto de Mazatlán.

Los centros comerciales son decisivos para el crimen organizado, pues en ellos pueden instalarse oficinas de mando y empresas para blanquear dinero. Estos centros también señalan el parecido que hay entre Sinaloa y otros puntos de intensa actividad delictiva. La mafia siciliana es como un puente tendido entre el indómito medio rural y el núcleo comercial de Palermo, un puerto que enlaza el norte de África con Europa. La colombiana Medellín es una próspera ciudad comercial rodeada por montes llenos de bandidos, de los que surgió Pablo Escobar, que se convirtió en el primer traficante de coca del mundo. Los grupos criminales no aparecen en determinadas regiones por casualidad.

Sinaloa tiene una historia de indisciplina que es mucho más antigua que el cártel vinculado a la zona. Su nombre procede de una planta espinosa que se llama así en el idioma de los cahitas, uno de los seis pueblos que habitaban en la región antes de la llegada de los europeos. Las tribus de entonces eran cazadoras y recolectoras, a diferencia del gran imperio de los aztecas (mexicas) y el de los mayas, situado más al sur. No obstante, su resistencia a los invasores europeos fue más feroz y efectiva que la de las numerosas legiones aztecas, que fueron derrotadas por el conquistador español Hernán Cortés en 1521. Cuando los aventureros españoles quisieron extender su conquista por el noroeste, las tribus de Sinaloa se lo impidieron, ayudados por los accidentes del inhóspito terreno. Uno de sus triunfos más

señalados fue la muerte del conquistador Pedro de Montoya, que cayó a manos de los zuaques en 1584.³

Los españoles, asustados, volvieron a Ciudad de México y escribieron sobre el canibalismo ritual de las feroces tribus de Sinaloa. Algunos historiadores desmienten estas versiones y alegan que eran fantasías de los españoles. Fuera verdad o leyenda, la idea ha arraigado en la mentalidad de los actuales habitantes de la zona, que se enorgullecen de que sus antepasados se comieron a los conquistadores que asomaron por allí. Se comieran o no a las víctimas, la resistencia indígena convirtió Sinaloa en una frontera ensangrentada donde a finales del siglo XVI no quedaron más que poblados habitados por esqueletos.

Los misioneros jesuitas averiguaron que los crucifijos eran más efectivos que los cañones para integrar a los nativos en el imperio católico. Así pues, la conquista de Sinaloa se basó más en la fe que en el uso de la espada. El resultado puede verse todavía hoy, ya que los pobladores de la Sierra Madre siguen fieles a sus creencias religiosas y a los santos de sus antepasados. A pesar de todo, la región se mantuvo en los márgenes de la ley y fue semillero del contrabando de plata y armas durante la Guerra de Independencia que se libró contra España entre los años 1810 y 1821.

Liberado del yugo español, México vivió decenios de guerras y agitaciones civiles que permitieron que floreciera el bandidaje en Sinaloa y otros lugares. Un tema fundamental con que México viene conteniendo desde que logró la independencia es la seguridad. Los herederos de Nueva España se vieron de pronto gobernando un país muy complejo con multitud de feudos y grupos étnicos enfrentados entre sí. La herencia dejada por los españoles fue una burocracia corrupta, una policía acostumbrada a la tortura y millones de desposeídos. Los nuevos gobernan-

tes necesitaban un sistema para controlar este caos. Pero durante los primeros decenios del siglo XIX estuvieron más preocupados por ver quién mandaba. Los golpes de Estado se sucedieron. Los liberales peleaban contra los conservadores. Los descendientes de los españoles se aferraban al poder, mientras las tribus indígenas y los bandoleros assolaban los territorios fronterizos.

Los desórdenes internos dejaron al país en una situación de debilidad frente a las ambiciones de su poderoso vecino del norte. Las milicias civiles texanas y luego el ejército regular estadounidense derrotaron a las tropas mexicanas en dos guerras, y Estados Unidos obligó a México por la fuerza de las armas a cederle todo el tercio septentrional de su territorio. El Tratado de Guadalupe de 1848 le obligó a ceder grandes partes de Colorado, Arizona, Nuevo México y Wyoming, toda California, Nevada y Utah, y a reconocer políticamente la pérdida de Texas.⁴ En total, México perdió 2.340.000 kilómetros cuadrados de territorio, sentando así las bases para que Estados Unidos pudiera convertirse en superpotencia en el siglo XX. Sinaloa se encontraba a unos 580 kilómetros al sur de la nueva frontera.

La guerra mexicano-estadounidense sigue siendo un tema de conflicto entre los dos países. México conmemora todos los años el fusilamiento de un pelotón de jóvenes cadetes («los niños héroes») por los soldados estadounidenses, y los políticos despotrican por rutina contra el monstruo imperial del norte. Al mismo tiempo, a la masiva emigración mexicana hacia Estados Unidos se le da el nombre de «reconquista». Muchos ciudadanos de Texas y Arizona, por otro lado, se indignan cuando los acusan de haber robado aquellos vastos territorios. Los escasos habitantes de aquellas tierras, aducen, en realidad fueron liberados por los soldados de gorro verde [*green* en inglés]; según se cuenta, los mexicanos les gritaban *Green, go* [«Verde, vete»], y de aquí la palabra «gringo».

Una valla publicitaria que anunciaba en 2009 el vodka sueco Absolut ilustra hasta qué punto siguen abiertas las heridas. Detrás del eslogan «EN UN MUNDO ABSOLUT», el anuncio mostraba un mapa imaginario en el que México aparecía con sus antiguos territorios y llegaba casi hasta la frontera de Canadá, reduciendo considerablemente el tamaño de Estados Unidos. El anuncio contribuyó a vender el licor y a inventar chistes en México. Los estadounidenses se enfadaron tanto que bombardearon al fabricante del vodka con miles de quejas hasta que Absolut retiró el anuncio y pidió disculpas por la ofensa causada. Estas actitudes han influido profundamente en la guerra mexicana de la droga y en la preocupación de Estados Unidos por su desarrollo.

Como resultado de perder territorios y morder el polvo de manera humillante, México sufrió más conflictos y desórdenes civiles, hasta que el dictador Porfirio Díaz se hizo con el poder. Antiguo arriero de origen mixteco, Díaz, antes de gobernar el país con mano dura entre 1876 y 1911, era un héroe de la guerra contra los estadounidenses y contra los franceses. Su gobierno, sin embargo, no se basó totalmente en la fuerza. Encontró una fórmula efectiva para contener a la salvaje fiera mexicana: una red de caciques locales, cada uno de los cuales se quedaba con una parte del pastel. Pese a todo, si algún cacique se atrevía a desafiar su autoridad, Díaz lo machacaba sin el menor miramiento. Lo cual, allá en la Sierra Madre, equivalía a ríos de sangre. Cuando la tribu de los yaquis se negó a ceder sus tierras históricas para permitir la ampliación de ciertas plantaciones, Díaz autorizó cacerías humanas y transportó a los presos atados con cadenas a las plantaciones de tabaco de las pantanosas tierras del sur. Casi todos murieron de enfermedad y a causa de las inhumanas condiciones en que vivían.

El aumento de la seguridad permitió una rápida industrialización y el desarrollo de la agricultura. En Sinaloa, los adinerados amigos de Díaz explotaron a conciencia las lucrativas plantaciones, mientras las compañías estadounidenses y británicas construían vías férreas y abrían minas con dinamita. La industrialización hizo que Sinaloa entrara en la red internacional y atrajo barcos de todo el mundo. Las plantaciones engulleron las parcelas de los pequeños agricultores, creando un ejército de campesinos sin tierras y deseosos de oportunidades. El territorio estaba maduro para el contrabando. Lo único que necesitaban ahora los bandoleros de Sinaloa era un producto. Y durante el reinado de Porfirio Díaz empezaron a llevarse bonitas amapolas de color rojo y rosado a las tierras altas de Sinaloa.

Un siglo después del derrocamiento de Díaz, estoy mirando las amapolas de Matilde, que crecen entre cactus de forma fantástica que han brotado de la tierra como tentáculos. Al acercarme me doy cuenta de que los pétalos son suaves como el terciopelo y despiden un dulce aroma, como un jardín inglés en una mañana de primavera. Plantas preciosas que son causa de mucho sufrimiento. Cuando informamos sobre la violencia de la guerra de la droga —los millares de muertos y decapitados, los kilos de billetes incautados, la ayuda extranjera, la cambiante geografía de los cárteles, los ríos de refugiados—, perdemos de vista la raíz de todo el conflicto. Porque todo empieza por una sencilla flor en un monte.

La amapola adormidera, de la que se extrae el opio, y cuyo nombre científico es *Papaver somniferum*, es una flor de propiedades particularmente potentes. Contiene una de las drogas más antiguas que se conocen, una sustancia que ha recibido los calificativos de «mágica» y «divina», y también los de «ponzoñosa» y «maligna». Para extraer esta sustancia hay que practicar

unas ligeras incisiones en el capullo con un cuchillo; de estos cortes mana una resina parda. En los montes de Sinaloa la llaman «goma», y quienes sajan los capullos reciben el nombre de gomeros. Cada planta exuda una pequeñísima cantidad de goma. Los gomeros de Sinaloa necesitan un campo de una hectárea y docenas de miles de capullos de adormidera para conseguir 10 kilos de opio puro. Me quedo mirando un saco de sustancia incautado por los soldados. La planta ya no tiene buen aspecto ni huele bien; es una masa oscura y pegajosa, y emite un hedor tóxico.

Cuando esta pasta se come o se fuma, produce su milagroso efecto: el dolor cesa de repente. El consumidor podría tener un agujero en la sien y, de súbito, lo único que sentiría sería entumecimiento. La insospechada velocidad con que surte efecto tiene consecuencias en verdad impresionantes. El opio es uno de los anestésicos más potentes que se conocen. En Estados Unidos llegó a venderse con la etiqueta de «MEDICINA DE DIOS». Pero aunque cura el sufrimiento, la pasta produce también un lamentable efecto secundario: el consumidor siente somnolencia y euforia.

Pido a Matilde que me describa el efecto de las flores. ¿Qué propiedad mágica tienen? ¿Por qué son tan valiosas? Me mira sin expresión durante un momento, luego responde con lentitud y amabilidad: «Es una medicina. Y cura el dolor. Todo el dolor. Cura el dolor del cuerpo y el dolor del corazón. Se siente como si el cuerpo fuera barro. Todo de barro. Se siente como si uno pudiera derretirse y desaparecer. Pero no importa. Nada importa. Se siente felicidad. Aunque no se ríe. Es una medicina, ¿entiende?»

Estos efectos han inspirado a los escritores desde hace tres mil años, desde Homero a Edgar Allan Poe. Describen la embriaguez del opio como si tuvieran el cuerpo envuelto en algodón en rama; es lo mejor que les ha ocurrido en la vida; cuentan

que es como si su cabeza fuese un cojín de plumas que podría reventar. Los músicos elogian este bendito colocón en cientos de canciones y buscan acordes melancólicos que despiertan sonrisas espasmódicas en los fumadores de opio llenos de humo.

Los secretos científicos del opio fueron descubiertos por dos físicos en Baltimore, Maryland, en 1973.⁵ Cuando se come o se fuma, estimula ciertos grupos de receptores del sistema nervioso central, concretamente del cerebro y la médula espinal. Todo el lío de la guerra de la droga empieza, pues, por determinadas reacciones químicas.

El opio tiene un efecto particularmente poderoso cuando llega al tálamo del cerebro, que es una masa ovoide de dos centímetros y medio de longitud que es responsable de que sintamos dolor. Por decirlo con la mayor sencillez, cuando nos duele una muela es porque el nervio afectado envía mensajes al tálamo y éste los transmite a la conciencia. Los componentes del opio se pegan a los receptores del tálamo y frenan y amortiguan los mensajes que le llegan. Puede que la caries de la muela siga allí, pero ahora sólo sentimos un leve pinchazo y no como si nos clavaran un clavo. Este mismo amortiguamiento químico del dolor hace que nos sintamos eufóricos. Las funciones del cerebro se desaceleran, sentimos una gran paz y nos volvemos creativos, filosóficos, románticos.

Los demás derivados del opio, como la morfina, la codeína y la reina de todos, la heroína, actúan del mismo modo. En las montañas de Sinaloa, los gomeros actuales transforman casi todo el opio en heroína, es decir, en «barro mexicano», que es de color pardo, y en «alquitrán negro», que es..., bueno, es negro y parece alquitrán.

La química que produce estos efectos «divinos» también origina un temible inconveniente: la adicción. El cerebro, de forma natural, emite sus propias señales de tipo opiáceo para reducir el dolor. Cuando una persona consume opio o heroína

con mucha frecuencia, estos mecanismos naturales dejan de funcionar. Cuando no consume la dosis habitual, la persona en cuestión siente los efectos del «mono» o síndrome de abstinencia (por ejemplo, diarrea, depresión y paranoia). Como decía un heroinómano que conocí en Gran Bretaña: «Imagina la peor gripe y multiplícala por diez. Sólo que en este caso sabes que eliminarás los síntomas con otra dosis».

Miles de años antes de que los gomeros de Sinaloa fabricasen heroína ya se conocían los efectos del opio. Las cápsulas de semillas de adormidera demuestran que los cazadores-recolectores de Europa rascaban la goma cuatro milenios antes de Jesucristo. Hacia el año 3400 a.C., en el sur de Mesopotamia (el Irak actual), los primeros agricultores de la historia dibujaban adormideras en tablillas de arcilla y les daban el nombre de *Hul gil*, «planta de la alegría». Dos milenios después los egipcios escribieron sobre las adormideras en el llamado *Papiro Ebers*, que es uno de los escritos de medicina más antiguos de la humanidad; y allí se dice que la adormidera es un remedio para evitar el exceso de llanto de los niños. Con el desarrollo de la civilización europea, el opio se consumió desde Constantinopla hasta Londres. Pero donde más popular fue la flor fue en China, cuyos poetas decían que su goma era «digna de Buda»,⁶ y los fumadores de opio del país se contaban por millones.

Los chinos acabaron por ver el lado desagradable de su apreciada flor a fines del siglo XVIII, momento en que se elevaron crecientes quejas contra la adicción. En 1810, la dinastía Quing publicó un decreto prohibiendo la goma y condenando a muerte a los vendedores. «El opio es un veneno que mina las buenas costumbres y la moralidad», proclamaba la primera ley del mundo moderno que prohibía los narcóticos.⁷

La prohibición propició la aparición de los primeros trafi-

cantes de drogas, que no eran sino educados caballeros del imperio británico. Comprendiendo que había allí una oportunidad de oro, los comerciantes británicos de la Compañía de las Indias Orientales pasaron de contrabando miles de toneladas de opio de la India a China. Cuando los soldados Quing empezaron a asaltar los barcos británicos, los galeones de la reina Victoria replicaron cañoneando la costa. Si la Compañía de las Indias Orientales fue el primer cártel de la droga, la Marina Real fue la primera banda de matones a sueldo del cártel. Después de las dos guerras del opio, la compañía consiguió el derecho a traficar en 1860. Los chinos siguieron fumando y se llevaron consigo la adormidera cuando se dispersaron por el planeta.

Desde 1860 los obreros chinos viajaron en vapor a Sinaloa para trabajar en el ferrocarril y en las minas. Siguiendo su costumbre, los emigrantes chinos llevaban adormideras, goma y semillas para la larga travesía del Pacífico. La árida tierra de la Sierra Madre resultó un suelo ideal para que prosperaran las adormideras asiáticas. Un estudio encargado por el Gobierno mexicano en 1886 señalaba ya que la adormidera era parte de la flora de Sinaloa. La flor había arraigado.⁸

Los periódicos de Sinaloa no tardaron en comentar que se estaban multiplicando los fumaderos de opio en Culiacán y en Mazatlán. Según la prensa, eran sucias habitaciones que había encima de las tiendas del centro que, frecuentaban sólo los asiáticos. No se han conservado fotos de estos antros, pero probablemente eran parecidos al que aparece documentado en una típica foto periodística que se hizo por entonces en el barrio chino de Manila. Es una foto en blanco y negro en que se ve a unos chinos recostados en colchones o contra la pared, chupeteando pipas de más de medio metro de longitud. En su cara hay una expresión de beatitud petrificada que parece reflejar el estado de euforia mágica que les produce la goma parda.⁹ Se conocen escenas parecidas de fumaderos de opio de California y

Nueva York, donde los chinos y los estadounidenses curiosos quemaban sus penas.

Pero entonces el Gobierno de Estados Unidos levantó la mano y tomó una decisión que trajo cola: prohibió la Flor de la Alegría. La historia del narcotráfico mexicano es también la historia de la política sobre estupefacientes de Estados Unidos.

Cuando se ha crecido con la prohibición de las drogas, es fácil creer que su ilegalidad viene de antiguo, como la proscripción del robo y el homicidio. Se tiene la impresión de que es como una ley natural: la Tierra da vueltas alrededor del Sol, la gravedad hace caer los objetos, y los estupefacientes son ilegales: realidades de la vida puras y simples. Pero los investigadores han demostrado que la prohibición es una política de cuño reciente que siempre ha estado rodeada por la polémica, el desacuerdo y la desinformación.

El cuestionamiento básico de la política contra los estupefacientes es claro y rotundo: la mayoría de la población consciente ciertos productos recreativos, como el alcohol, que causa adicción y muerte. Los médicos y los soldados necesitan ciertas drogas, como los opiáceos. Por otro lado, los habitantes de comunidades pobres y sin futuro viven torturados por la adicción a cualquier sustancia embrutecedora que puedan conseguir.

El debate sobre la legislación antidroga ha estado empañado por prejuicios sentimentales, anticientíficos e incluso raciales. Mitos absurdos acaban convirtiéndose en verdades aceptadas. Al principio, los periódicos estadounidenses alegaban que los chinos utilizaban el opio sistemáticamente para violar a las mujeres blancas y que la cocaína daba a los negros sureños una resistencia sobrehumana. En fecha más reciente se han oído bulos sobre la procreación de seres infrahumanos y trastornados

a los que llamaban hijos del *crack* y se decía que el LSD hacía creer a los usuarios que podían volar.

En medio del miedo al hundimiento moral, es imposible oír la voz de los médicos y los científicos. Gritando en primera línea encontramos a los grandes cruzados de los tiempos modernos: los guerreros antidroga. Los políticos no tardaron en darse cuenta de que el tema de la droga era una plataforma útil para luchar contra un enemigo malvado y extranjero que no puede replicar. Parecían a la vez implacables y moralizadores, y consiguieron el apoyo de ese grupo decisivo: la preocupada clase media.

El padre de los guerreros antidroga de Estados Unidos es Hamilton Wright, nombrado fiscal especial contra el opio en 1908. Oriundo de Ohio, tenía convicciones puritanas y una inquebrantable ambición política. Hizo de su trabajo una cruzada personal para proteger a los buenos norteamericanos de un peligro extranjero y fue el primero en soñar que Estados Unidos se pondría en cabeza de una campaña global para desterrar el uso de las drogas. Fue un profeta para posteriores guerreros antidroga; sus críticos piensan que empezó su carrera política con mal pie. Hizo sonar las campanas de alarma epidémica en una entrevista que se publicó en el *New York Times* en 1911 con el siguiente titular: «EL TÍO SAM ES EL PEOR TOXICÓMANO DEL MUNDO». Según dijo al periódico:

El hábito se ha apoderado de esta nación hasta un extremo insospechado. Nuestras cárceles y hospitales están llenos de víctimas suyas, ha despojado de sentido moral a diez mil comerciantes y los ha convertido en alimañas que explotan a su prójimo, y sin darnos cuenta es hoy una de las más eficaces causas de infelicidad y pecado en Estados Unidos. [...]

El consumo habitual de opio y morfina es ya una maldición nacional, y de un modo u otro debe frenarse si que-

remos mantener nuestro elevado lugar entre las naciones del mundo y un nivel digno de inteligencia y moralidad ante nosotros mismos.¹⁰

En la época de Wright, había, en efecto, un consumo creciente de opio; se calcula que el número de usuarios estadounidenses oscilaba entre cien mil y trescientos mil. Es una cantidad importante, pero se trataba sólo del 0,25 por ciento de la población, un porcentaje que es una bagatela en comparación con el consumo actual. Aunque algunos «toxicómanos» fumaban opio en sombríos fumaderos, muchos se enganchaban por culpa de las prescripciones médicas.

Wright estaba también preocupado por otra droga que ganaba popularidad a principios del siglo XX: la cocaína. Recogió informes policiales sobre el uso de la cocaína por los afroestadounidenses y propaló la idea de que el polvo blanco estaba espoleando los aires de superioridad de los negros. El infundio tuvo amplia resonancia en la prensa. Entre los muchos artículos que se publicaron acerca de los negros que enloquecían por culpa de la cocaína, el más infame apareció en el *New York Times* en 1914. Fue una lamentable muestra de racismo incendiario, aunque para los lectores modernos raya en la autoparodia. Con unos titulares que rezaban «LOS NEGROS COCAINÓMANOS, LA NUEVA AMENAZA SUREÑA» (muy apropiados para llamar la atención del ciudadano que se tomaba el café del domingo por la mañana), el artículo empezaba echando pestes de los negros enloquecidos por la cocaína que acababan matando a los blancos. Seguía la espectacular historia de un jefe de policía de Carolina del Norte que tenía que vérselas con un negro «colocado»:

El jefe fue informado de que un negro, inofensivo hasta la fecha, y al que conocía bien, se estaba comportando como

un enajenado, presa de un delirio causado por la cocaína; había querido apuñalar a un tendero, y en aquellos momentos estaba en su casa, propinando una paliza a sus familiares. [...]

Sabiendo que debía matar a aquel hombre o morir él mismo en el empeño, el jefe desenfundó el revólver, apoyó el cañón en el corazón del negro y disparó. «Mi intención era matarlo en el acto», cuenta el jefe de policía, pero el disparo ni siquiera hizo pestañear al otro. [...]

No le quedaban más que tres cartuchos en el tambor y podía necesitarlos para detener después a la muchedumbre. Ahorró pues la munición y «rematé al tipo con la porra». ¹¹

¡Un negro enloquecido por la cocaína que se había convertido en la Masa! ¡Chinos que utilizaban su pócima extranjera para seducir a las mujeres blancas! Aquello sí que hizo perder los nervios a la sociedad blanca. Wright consiguió en 1914 que trece países firmaran un acuerdo para frenar la circulación de los opiáceos y la cocaína, y en diciembre de aquel mismo año el Parlamento de Estados Unidos publicó la progenitora de la legislación antidroga de este país: la Ley Harrison sobre Estupeficientes. No fue un prohibicionismo total, ya que el objetivo era controlar y no suprimir los productos. La medicina, entonces como hoy, necesitaba cierta cantidad de opiáceos autorizados. Pero la Ley Harrison redundó inmediatamente en la aparición de un mercado negro del opio y la cocaína. Había nacido el narcotráfico.

Allá en Sinaloa no se tardó mucho en hacer números. Una región indómita, adormideras en las montañas y un mercado ilegal de opio en el norte, a 580 kilómetros de allí. Era una opera-

ción sencilla: las adormideras de Sinaloa podían transformarse en dólares de Estados Unidos.

Los inmigrantes chinos y sus descendientes tenían imaginación y conexiones para organizar la primera red de tráfico mexicana. Con el paso de los decenios, la comunidad creció desde Sinaloa hasta las ciudades noroccidentales de la frontera. Casi todos hablaban español y chino mandarín, y tenían nombres cristianos. Entre los primeros traficantes detenidos figuraban un Patricio Hong, un Felipe Wong y un Luis Siam. Los chinos construyeron una red capaz de cultivar y cosechar las adormideras, extraer la goma y vender el opio a los vendedores chinos del lado estadounidense. Así como los británicos habían hecho caso omiso de la prohibición china, los chinos desoyeron la legislación estadounidense.

La larga frontera mexicano-estadounidense era ideal para el tráfico, un problema que llevó de cabeza a las autoridades de Estados Unidos durante el pasado siglo. Es una de las fronteras más largas del planeta: 3.200 kilómetros desde San Diego (océano Pacífico) hasta Brownsville (golfo de México). El lado mexicano cuenta con dos grandes metrópolis: Ciudad Juárez, que se alza en el centro de la línea de demarcación, y Tijuana (que al parecer se llamó así por la Tía Juana, una *madame* que regentaba un prostíbulo). Muchos emigrantes que fueron a parar a estas ciudades procedían de las zonas montañosas de Sinaloa y Durango, estableciendo así lazos familiares entre la frontera y los bandoleros de la Sierra Madre.

En la frontera se alzan asimismo unas doce ciudades de tamaño medio, entre ellas Mexicali, Nogales, Nuevo Laredo, Reynosa y Matamoros. Entre ciudad y ciudad, discurren vastas extensiones de campo inculto, desiertos y montes áridos. Con el transcurso de los años ha pasado de todo por esta frontera sin barreras, desde cráneos ceremoniales aztecas hasta ametralladoras Browning y tigres blancos. Los primeros

cargamentos de opio pasaron por la divisoria como agua por un colador.

Washington advirtió a México que pusiera fin a este tráfico. Pero México tenía preocupaciones más apremiantes. Porfirio Díaz vetó la democracia durante treinta y cinco años, pero los mexicanos se sublevaron al final y lo derrocaron. Las celebraciones duraron poco, ya que el país fue presa de una sangrienta guerra civil en la que participaron cuatro grandes ejércitos. Las batallas de la revolución, por ejemplo las de Ciudad Juárez y Parral, se libraron sobre todo en el sector noroccidental. Participaron en ellas muchos sinaloenses, entre ellos el verdugo de Pancho Villa, Rodolfo Fierro, famoso por ser uno de los asesinos más sanguinarios del conflicto. La tremenda violencia desatada ocasionó cerca de un millón de bajas, el 10 por ciento de la población mexicana, una herencia de sangre derramada que todavía se siente hoy en la memoria popular y de las familias.

Mientras los mexicanos se preocupaban por sobrevivir, los estadounidenses se preocupaban por el contrabando de opio. La Ley Harrison dio lugar a la fundación de la Dirección de Estupefacientes con objeto de controlar el comercio de la droga, pero no había presupuesto para realizar estudios serios. No obstante, los agentes de aduanas, los consulados y la Secretaría de Hacienda unieron sus fuerzas para llevar a cabo la primera investigación estadounidense de importancia sobre los traficantes mexicanos. Los detalles de la pesquisa fueron exhumados tiempo después por el erudito sinaloense Luis Astorga, que buscó y rebuscó por todo Washington documentos olvidados. La información ponía de manifiesto que los investigadores habían ido derechos a un pozo de serpientes.

La investigación comenzó en septiembre de 1916, cuando un agente especial de aduanas de Los Ángeles envió a Washing-

ton un informe de consecuencias explosivas.¹² Sus informadores, decía, habían seguido la pista de una organización de mexicanos de origen chino que pasaban a California opio de contrabando por Tijuana. En Los Ángeles, la organización vendía el opio a un chino llamado Wang Si Fee, que también tenía contactos en San Francisco. Con los traficantes trabajaba un sujeto misterioso llamado David Goldbaum, de nacionalidad desconocida. Goldbaum asistió a una reunión nada menos que con el coronel Esteban Cantú, gobernador del estado de Baja California, cuya ciudad más importante era Tijuana. Tras una acalorada discusión, Goldbaum accedió a pagar a Cantú 45.000 dólares a tocateja y 10.000 mensuales a cambio de inmunidad para que la organización siguiera traficando en el norte de México.

El informe revela que los agentes estadounidenses utilizaban ya por entonces una táctica que sería característica de la lucha oficial contra la droga durante todo el siglo xx: pagar a los informantes secretos. Por otro lado, el montante del soborno —45.000 dólares de 1916— indica que ya en aquellos días iniciales se sacaba mucho provecho con el comercio ilegal de droga. El informe dice también que un miembro de la organización criminal conducía un Saxon Six, uno de los coches más caros que salían de las fábricas de Detroit. Pero los agentes estaban más interesados por la revelación central: había políticos mexicanos metidos en el ajo.

Se consiguieron más pruebas para el expediente del gobernador Cantú. Un agente de aduanas informó de que la policía de Baja California practicaba redadas y se incautaba de variables cantidades de opio, por ejemplo de cuatrocientas latas de goma que se confiscaron en el puerto de Ensenada; y que esta misma droga reaparecía luego para la venta. Los agentes de Hacienda declararon que Cantú vendía opio a un distribuidor llamado J. Uon, de Mexicali, la capital de la Baja California. Uon distribuía luego el opio a través de un establecimiento llamado Casa

Colorada, que pasaba por ser una agencia china de empleo.¹³ Otro informe de Hacienda añadía que el propio Cantú era morfínmano. El gobernador se había inyectado el opiáceo tantas veces en los brazos y las piernas que los tenía cubiertos de moraduras, aseguraba la fuente.

Se enviaron a Washington kilos de documentos con testimonios condenatorios. Los funcionarios de aduanas y de Hacienda presionaron al Departamento de Estado para que investigase y presentara una reclamación a México. Los agentes pensaban que el caso no tenía vuelta de hoja. Pero... no ocurrió nada. No hay el menor indicio de que Washington presionara a México por aquel asunto, y Cantú acabó su mandato sin que nadie lo molestase. Puede que Cantú fuera partidario de la alianza que deseaba Washington en aquellos momentos de la Revolución Mexicana. Puede que el Gobierno estadounidense estuviese más preocupado por la guerra que tenía lugar en suelo europeo. Puede que los funcionarios no quisieran cortar el suministro de opiáceos, que se estaban repartiendo a manos llenas entre las tropas de todos los bandos en las ensangrentadas trincheras de Francia.

Fuera cual fuese el motivo, el caso Cantú sentaría un precedente del que los funcionarios antidroga de Estados Unidos se quejarían desde entonces. Cada vez que los agentes iniciaran una investigación en la que hubiera implicados políticos extranjeros, el Departamento de Estado no haría nada e incluso obstaculizaría sus esfuerzos. La guerra contra la droga en el extranjero y la política exterior de Washington eran misiones diferentes con prioridades muy distintas.

El comercio del opio pasó a ser una prioridad más secundaria aún en los años veinte, época en que la policía se concentró en un nuevo demonio público: el alcohol. Mientras el «noble ex-

perimento» de la prohibición del alcohol daba origen al gánster de peor fama de Estados Unidos, Al Capone, por otro lado financiaba a los prometedores matones del Río Grande. Las ciudades de la frontera mexicana ya eran célebres por sus prostíbulos y sus clubes de espectáculos sicalípticos. El señuelo del alcohol multiplicó las cantinas que servían whisky y tequila a los sedientos estadounidenses. Los mexicanos con iniciativa también pasaban licor de contrabando a la vasta red de bares clandestinos del otro lado de la frontera. Así como los contrabandistas de Chicago replicaban disparando a los policías que querían incautarse de su botín, también los contrabandistas de la frontera devolvían el fuego.

Un artículo aparecido en *El Paso Times* de 1924 cuenta que una banda de contrabandistas se enzarzó en un tiroteo con aduaneros que quisieron confiscar tres sacos de botellas de tequila y 240 litros de whisky. El drama se centra en el heroísmo de un aduanero llamado simplemente agente Threepersons que se enfrenta solo a dieciséis contrabandistas y consigue matar a un mexicano. O eso dice él. La trepidante acción que tiene lugar en la frontera comienza así:

Los primeros indicios de la batalla se vieron venir a eso de la medianoche del sábado, cuando los agentes de aduanas Threepersons y Wadsworth estaban apostados al final de la calle Uno en espera de un cargamento de licor que iba a cruzar la frontera.

Poco después de situarse al lado de un grueso árbol que se alza junto al monumento, Wadsworth dejó solo a Threepersons para estacionar su automóvil más cerca del escenario de las operaciones. No bien hubo desaparecido Wadsworth cuando llegaron dieciséis mexicanos. [...]

Un hombre se puso en su camino de un salto y lo apuntó con una pistola. Threepersons dijo al hombre que

levantara las manos, pero el hombre se negó y disparó al agente a bocajarro. Threepersons disparó su carabina de calibre 30-30 al hombre, que se desplomó en el suelo.

El tiroteo duró más de una hora y se oyó prácticamente en toda la ciudad.¹⁴

¡Un tiroteo que dura una hora en el centro de la ciudad! ¡Una banda de dieciséis hombres armados! La noticia se asemeja mucho a las que aparecen actualmente en la prensa de la frontera. Sólo que esta batalla se desarrolló en el lado estadounidense, en el centro de El Paso. En aquellos tiempos, sin embargo, con todos los tiroteos y matanzas que se producían a diario en Chicago, la escaramuza de El Paso era una insignificancia, relegada a la página diez del periodicucho local.

Conforme se acercaba el fin de la Ley Seca, los contrabandistas mexicanos buscaron nuevos productos. No tardaron en fijarse en los bonitos beneficios que obtenían los chinos con sus latas de opio y heroína. Los bandoleros de los montes de Sinaloa también envidiaban los coches y las casas grandes de los gomeeros asiáticos. Los mexicanos querían una ración del pastel. Pronto se dieron cuenta de que podían quedarse con todo.

Los pérfidos mexicanos robaron a los chinos el negocio del opio en medio de una ola de violencia racial contra ellos. (No es sólo el racismo estadounidense el que ha dado forma al tráfico de drogas.) Hacía decenios que había ido creciendo la hostilidad contra los chinos; los mexicanos calumniaban a los inmigrantes acusándolos de inmorales y sucios, y miraban con envidia la prosperidad de sus tiendas y restaurantes. El racismo llegó al paroxismo espoleado por políticos destacados.

También los delincuentes lo promovían. En 1933, el cónsul estadounidense de Ensenada envió a Washington un infor-

me sobre el crecimiento de la hostilidad contra los chinos. Mencionaba a un informante, un estadounidense que hablaba el mandarín, y que sostenía que entre los principales activistas antiasiáticos había delincuentes conocidos. Entre ellos estaba un contrabandista apodado Segovia, que se movía por los estados de Sonora, Sinaloa y Baja California, repartiendo dinero entre los grupos antichinos violentos. El objetivo de Segovia, decía el informe, era apoderarse de la producción china de adormideras.

La tensión racial estalló en las calles. Entre los que se unieron a las muchedumbres linchadoras había un estudiante universitario llamado Manuel Lazcano. Nacido en 1912 en un rancho de Sinaloa, llegó a ser una figura prominente en la policía y la política, y fue fiscal general de Sinaloa durante tres legislaturas. Más tarde se avergonzó de haber participado en las agresiones raciales y afirmó estar escandalizado por la crueldad desplegada. Sus memorias se cuentan entre las más sinceras que hayan escrito los funcionarios mexicanos y entre las principales fuentes para conocer el tráfico de drogas mexicano de aquellos tiempos. Puede vérselo en una foto: joven, elegante, atractivo, fumando en pipa; en sus memorias describe la marcha de una muchedumbre que llegaba a la plaza central de Culiacán para reclutar seguidores.

Eran unas ciento cincuenta personas, que para ese entonces en Culiacán representaba una cantidad significativa. Las pancartas eran patéticas: chinos dibujados comiendo ratas, chinos con llagas en la cabeza (por aquello que se decía de que los orientales traían enfermedades sin fin y que además eran muy sucios, que comían reptiles). Era un rosario vergonzante de ataques e infundios. [...] Los muchachos empezaron a empujar, a sugerir, a incitar para que nos involucráramos. Recuerdo sus voces: «Éntrale, éntrale». Y pues le entré: me puse antichino. Es algo que aún hoy me causa malestar.¹⁵

Lazcano cuenta que el gentío peinaba las calles en busca de chinos. Cuando encontraba víctimas, la muchedumbre las arrastraba hasta una cárcel clandestina que había en una casa cerrada a cal y canto y allí se quedaban, atadas de pies y manos. Cuando capturaban suficientes individuos, los metían en vagones de carga, enganchaban éstos a trenes de mercancías y los expulsaban del estado. Los linchadores se apoderaban de las casas y propiedades de los chinos. La limpieza étnica de Sinaloa se produjo mientras el régimen nazi perseguía a los judíos de Europa. Lazcano no elude la comparación.

Hemos visto películas de la represión brutal de que fueron objeto los judíos, y escenas sugerentes de cómo los trasladaban como animales. Pues igualito ocurrió en Sinaloa, pero aquí con los chinos. Estábamos saturados de ver imágenes en vivo.¹⁶

Los gánsteres de otras partes de México no se molestaban en buscar furgones: mataban a tiros a los chinos rivales y en paz. En Ciudad Juárez se contaba que un pistolero llamado el Veracruz juntó y mató a once chinos que trabajaban en el negocio del opio. Al parecer, estaba a las órdenes de una mujer de Durango llamada Ignacia Jasso, la Nacha. Los mexicanos empezaban a dominar el comercio de la droga desde las plantaciones de la Sierra Madre hasta las bulliciosas ciudades fronterizas.

Baja, robusta y con cola de caballo negra, la Nacha fue la primera mujer que alcanzó la celebridad en la delincuencia mexicana. Por lo que se sabe, era una empresaria con talento. Se daba cuenta de las cambiantes demandas del mercado y amplió la producción de heroína, y según parece tenía laboratorios improvisados para procesar las adormideras de la Sierra Madre. En vez de cruzar la frontera con las drogas, vendía los paquetes de

heroína en su casa del centro de Juárez. Los estadounidenses, entre ellos muchos soldados de la base de El Paso, cruzaban el río para adquirir la mercancía. Otros clientes llegaban de mucho más lejos, por ejemplo de Albuquerque, Nuevo México, en busca de su famoso barro.

El mercado era pequeño en comparación con lo que es hoy, y el barro mexicano se consideraba de calidad inferior a la heroína dominante entonces, la turca. Pero se trapicheaba lo suficiente para que la Nacha fuera una de las personas más ricas de Juárez. Financiaba un orfanato y un programa de desayunos para niños, y además tenía un coche americano de lujo. Y sobornaba a la policía. Según informó el periódico local *El Continental* el 22 de agosto de 1933 acerca de la reina de la heroína:

La señora Ignacia Jasso viuda de González, alias la Nacha, no ha sido aprehendida aún por las autoridades por posesión y venta de drogas heroicas [heroína], que se dice ha estado llevando a cabo desde hace muchos años en su domicilio, ubicado en la calle Degollado número 218. Se nos informa de que la Nacha se pasea tranquilamente por las calles de Ciudad Juárez en el lujoso automóvil que acaba de comprar, pero parece que goza de grandes influencias y tal vez a eso se deba el que no haya sido capturada.¹⁷

Una vez más, como en el caso de Cantú, los primeros años del narcotráfico hacían salir a la luz pública historias de corrupción. Pero en la época de la Nacha la corrupción no estaba representada ya por un gobernador poco convencional en medio de la guerra civil. Los años de guerra habían pasado y en México mandaba ahora un partido todopoderoso.

El Partido Revolucionario Institucional, o PRI, ha sido comparado con el Partido Comunista soviético por su apego al poder, ya que gobernó México casi tanto como los bolcheviques en Rusia. Además, tiene el mérito de haber dado a México el período de paz más largo de su historia y de haberlo protegido de los sangrientos conflictos que asolaron Sudamérica durante todo el siglo xx.

El padre fundador del PRI, el general Plutarco Elías Calles, organizó el partido en 1929 después de ser presidente durante un mandato. Su objetivo era restaurar la paz y el orden unificando los sectores básicos de la sociedad —sindicatos, campesinos, empresarios y militares— para que cantaran la misma canción y enarbolaran la misma bandera. Influidor por el totalitarismo de los comunistas soviéticos y los fascistas italianos, Calles viajó a Europa para observar a los políticos. No deja de ser curioso que acabase por dedicar más tiempo a observar al Partido Laborista británico y al Partido Socialdemócrata alemán. En cualquier caso, el PRI fue una organización auténticamente mexicana que incluso adoptó los colores verde, blanco y rojo de la bandera nacional. Su idea era que el partido encarnase la nación.

Algunos periodistas estadounidenses creen que era un partido de izquierdas. Se equivocan. Aunque dio algunos presidentes izquierdistas, como Lázaro Cárdenas, también dio capitalistas al ciento por ciento, como Carlos Salinas. Básicamente, al partido le interesaba menos la ideología que el poder. Gran parte de sus métodos procedían directamente del manual de estrategias de Porfirio Díaz. Volvió a crear una red de caciques, que mantenían el orden en sus respectivos territorios. En este mosaico de pequeños feudos se crearon miles de organizaciones policiales. Sin embargo, una diferencia fundamental respecto del régimen de Díaz era que el PRI cambiaba de presidente cada seis años. Gobernaba una institución, no un hombre de

tierno. La genialidad de esta organización hizo que el premio Nobel Mario Vargas Llosa dijese que era la «dictadura perfecta».¹⁸

Para que las cosas marchasen con cierta holgura, el régimen del PRI se basaba en la corrupción. Los empresarios pagaban un diezmo a los caciques de las ciudades medianas, que a su vez pagaban otro diezmo a los gobernadores, que a su vez pagaban al presidente. El dinero subía como la espuma y el poder bajaba como el agua. Todos estaban contentos y todos se ponían en la cola porque todos recibían su paga. Los historiadores han señalado esta paradoja de la política mexicana: la corrupción no era la podredumbre, sino el aceite y el pegamento de la maquinaria.¹⁹ En este sistema, el dinero de la heroína era una mordida más. El mercado de la droga era entonces una fracción de lo que es hoy y los funcionarios no lo consideraban un negocio millonario. Era una simple fechoría, algo similar a como hoy ven muchas personas la música pirateada.

Manuel Lazcano —el estudiante que había estado en los disturbios raciales— recuerda la vigencia de esta actitud mientras ascendía en la maquinaria política del PRI en Sinaloa. Cuenta que conoció a muchas personas que se apoderaban del negocio chino de la droga.

Así empezaron las cosas. Yo quiero pensar —así lo veo— que se creía, que no se tenía conciencia del daño que se estaba haciendo. Acaso al principio el asunto se vio casi como si fuera algo natural, quizá como un delito menor, tolerable, pasable. Semejante al hecho de ir a Nogales a traer de contrabando una caja de coñac sin pagar impuestos.²⁰

La producción del opio de Sinaloa creció espectacularmente en los años cuarenta, recuerda Lazcano. Como muchos otros, dice

que el crecimiento se debió a un misterioso cliente que pagaba en dólares toda la adormidera que se le diese. Ese generoso cliente, dice, tal vez fuera el propio Tío Sam.

La idea de que el Gobierno estadounidense comprara sistemáticamente el opio de Sinaloa durante la Segunda Guerra Mundial es propia de la aplicación de la teoría clásica de la conspiración a los comienzos del tráfico mexicano. En la Sinaloa actual, los políticos, la policía y los propios traficantes hablan de esas transacciones como de una verdad comprobada. La Secretaría de Defensa mexicana también se hace eco de esa versión en la historia oficial del tráfico de drogas que puede verse en las paredes de su sede en Ciudad de México. Sin embargo, los funcionarios de Estados Unidos la han negado con energía.

La teoría de la conspiración dice que el Gobierno estadounidense necesitaba opio para fabricar la morfina que necesitaban sus soldados en la Segunda Guerra Mundial. El ejército de Estados Unidos enviaba cargamentos enteros de morfina para tratar a los soldados alcanzados por las bombas japonesas y alemanas. El abastecedor tradicional de adormidera de los laboratorios médicos estadounidenses era Turquía. Pero la guerra cortó las rutas de abastecimiento, ya que los submarinos alemanes patrullaban el Atlántico y hundían los buques mercantes. El Gobierno de Estados Unidos se dirigió entonces a los gomeros sinaloenses e hizo un trato con el Gobierno mexicano para que les dejaran plantar sus adormideras.

Lazcano, para confirmar la existencia de dicho trato, recuerda la facilidad con que amigos suyos enviaban pasta de opio al norte en aquellos tiempos.

Yo conocí a varias personas que sembraban. Se trataba de amigos míos que cultivaban amapola y luego de la cosecha se iban a Nogales vestidos como campesinos, con cuatro o cinco bolas en un veliz o en unos morrales, y lo curioso es

que en la frontera pasaban por la aduana sin ningún problema, sin ningún peligro. A la vista de los aduaneros. Entregaban su cargamento a donde tenían que entregarlo y regresaban muy campantes; era evidente que los dejaban pasar.²¹

Un periodista estadounidense estuvo en Sinaloa en 1950 y comprobó que sus interlocutores del mundo empresarial y de la administración local confirmaban el acuerdo. Escribió para estar seguro a la Dirección Nacional de Estupefacientes (U.S. Federal Bureau of Narcotics), el organismo fundado en 1930 para coordinar mejor las operaciones antidroga de Estados Unidos. El máximo responsable de la Dirección durante sus primeros treinta y dos años de vida fue Harry Anslinger, un guerrero antidroga de la línea dura. Anslinger respondió personalmente a las preguntas relativas al acuerdo, diciendo que la teoría que circulaba era «totalmente fantástica y desborda la imaginación más desbocada».²² Tampoco los mejores expertos en drogas de México han conseguido encontrar ninguna prueba concluyente de la existencia del acuerdo, y algunos se preguntan si no lo habrán inventado las autoridades mexicanas para tranquilizar su conciencia.

Contribuyera el Tío Sam o no, el caso es que el negocio del opio sinaloense prosperó. Los sinaloenses adquirieron tal reputación como productores de goma que incluso su equipo de béisbol era conocido con el nombre de Los Gomeros. En los años cincuenta, Lazcano, por asuntos administrativos, fue al mismo municipio montaños donde yo me quedé mirando las bonitas amapolas. Entonces ni siquiera había una mala carretera de tierra para subir. Él fue en avión. Y en las tierras altas, dice, vio campesinos con «*walkie-talkies* [transmisores-receptores portátiles], armas de fuego, coches e incluso latas de comida gringa»,²³ todo fruto de la economía del opio.

Los descendientes de las viejas tribus caníbales, los bandole-
ros y los campesinos desplazados habían encontrado un cultivo
que los sacaba de la miseria. La economía del opio y la heroína
acabó integrándose en su cultura, junto con las furgonetas de
reparto, los santos folclóricos, y en fecha posterior los fusiles Ka-
láshnikov. El narcotráfico había arraigado en una comunidad en
la que podía crecer como una planta carnívora. En viviendas pre-
carias típicas de este entorno nacieron el Chapo Guzmán y Bel-
trán Leyva, el Barbas, en 1957 y 1961 respectivamente. Mientras
crecían, estalló en el mundo un fenómeno de vasto alcance que
acabaría modificando el comercio de la droga, que si hasta enton-
ces había sido un negocio local para alimentar a unas cuantas fa-
milias montañosas, se convirtió en un mercado mundial multimi-
llionario: la revolución social de los años sesenta.